

En los bordes del trabajo: los sentidos subjetivos del trabajo para jóvenes varones y mujeres con inserción laboral precaria.

Ada Cora Freytes Frey

Becaria doctoral Swiss National Center of Competence in Research North-South (NCCR N-S). Área "Identities and Representations" del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-PIETTE), afreytes@sion.com

1. Introducción

El trabajo ha sido considerado uno de los ámbitos más importantes de estructuración y constitución de identidades en la sociedad industrial. En la actualidad, sin embargo, este lugar ha sido puesto en cuestión, a partir de los procesos de diversificación y desestabilización del mundo laboral experimentados en los últimos 35 años, derivados no sólo de importantes cambios tecnológicos y organizacionales, sino también de la erosión de las protecciones sociales ligadas al empleo. Algunos autores afirman que estas tendencias han socavado las solidaridades colectivas ligadas al trabajo, como así también el funcionamiento del espacio laboral como ámbito de construcción de identificaciones fuertes para los individuos (Kessler, 2004).

Esta discusión adquiere aristas particulares al referirnos a los jóvenes. Diversos estudios muestran, por un lado, un alargamiento y una diversificación de los "itinerarios" de inserción laboral (Nicole-Drancourt, 1994, Jacinto, 2000). Por otro lado, se advierte que para un porcentaje considerable de jóvenes, estas "trayectorias inestables" no desembocan en una inserción relativamente estable en el mundo del trabajo, sino en la expulsión permanente del mismo o en la perpetuación de una inserción marginal en empleos precarios, con bajísimos salarios y pésimas condiciones laborales (Nicole-Drancourt, 2000; Jacinto y otras, 2005).

En este marco, surge entonces la pregunta por el sentido subjetivo que adquiere el trabajo para estos/as jóvenes, particularmente para aquellos/as con una inserción precaria. Algunos/as autores/as hablan de una degradación de la experiencia laboral como espacio de construcción de identidad a partir de la inestabilidad de los empleos, la escasa calificación de los mismos y la alta rotación que conspira contra la generación de vínculos significativos. Otros/as, sin negar las aristas negativas de esta realidad de precarización, presentan una imagen más matizada,

señalando distintos modos de capitalización de diversos aspectos de las experiencias laborales, que permiten a algunos jóvenes la construcción de nuevos sentidos subjetivos en torno al trabajo.

Esta ponencia busca aportar a este debate para el caso de una población juvenil que experimenta especiales problemas de inserción laboral y precarización. Son jóvenes que viven en los asentamientos del Área Reconquista, ubicados en los alrededores del mayor relleno sanitario de la ciudad de Buenos Aires. La mayoría de ellos han comenzado a “trabajar” desde muy pequeños, entendiendo por “trabajo”, a menudo, la recolección ilegal y venta de residuos para su posterior reciclaje. En la actualidad, alternan o complementan esta actividad con las oportunidades laborales informales que les surgen. En el presente trabajo, buscamos analizar los diversos sentidos subjetivos que adquiere el trabajo para estos/as jóvenes, indagando especialmente acerca de las diferencias de género. Nos interesa en particular explorar el peso diferencial que, según los casos, adquiere el trabajo como espacio de construcción de identidad. Nuestros resultados, en efecto, muestran que no existe una respuesta unívoca a esta pregunta, sino que más bien se advierte una diversidad de situaciones, que presentamos en esta ponencia.

Dichos resultados se basan en una investigación cualitativa realizada en el “Área Reconquista” la cual ha apelado, como técnicas de recolección de información, a la observación participante –en reuniones públicas, casas de familia, y en el espacio de encuentro de un grupo de jóvenes-, a las entrevistas en profundidad a jóvenes (de entre 15 y 25 años) y miembros adultos de sus familias, y a talleres participativos con jóvenes.

2. En los bordes del trabajo: la experiencia laboral de los jóvenes del Área Reconquista.

En este primer apartado queremos abordar la relación que los/as jóvenes estudiados establecen con el trabajo, a partir de la trayectoria laboral que van construyendo. Al analizar los relatos de los/as jóvenes, surge un primer eje de diferenciación evidente en torno al género.

Como hemos adelantado en la introducción, los varones muestran trayectorias laborales en las que se alternan –o superponen- distintos empleos temporarios con la recolección de residuos en el relleno sanitario del CEAMSE para su posterior comercialización. Esta última actividad aparece como una oportunidad relativamente “a la mano” de obtención de ingresos, dada la cercanía del relleno sanitario con el lugar de residencia, con lo cual basta recorrer “unas pocas cuadras” para acceder al mismo. A esto se suma la presencia de amigos o familiares que ya tienen experiencia en las tareas de selección y recolección, que sirven como “porteros” para

introducir a los jóvenes en esta práctica. Por otra parte, la persecución y represión por parte de la seguridad del lugar experimentada a fines de los '90 y principios de la actual década ha dado lugar, debido a la movilización y lucha de los vecinos de los barrios del Área Reconquista, a un arreglo con cierto grado de institucionalización, por el cual los guardias permiten la entrada al relleno durante una hora por día.

Sin embargo, el “cirujeo” no tiene el mismo significado para todos los jóvenes varones. Para algunos de ellos, adquiere las características de un verdadero “trabajo”, en tanto se desarrolla diariamente, en horarios determinados –en este caso, definidos por el CEAMSE- y da lugar al despliegue de estrategias particulares para mejorar las ganancias obtenidas.

“Seis años estuve juntando nylon con mi mamá... hasta que nos cansamos y ahora empezamos a juntar blanco (...) El nylon era lo que valía más... Nada más que un día te cansas... y... no quiero saber más nada”. (Ezequiel, 17 años)

“...y me invitó mi primo y empecé a ir. (...) Y después me acostumbré a ir y... juntaba de todo un poco... lo que juntaba para vender... (...) Ahora voy algunas veces, cuando tengo tiempo. Si no me voy a laburar al lado, en el basural. Y las personas... me llaman por todos lados acá. Me llama la señora de al lado de mi casa; me llama la Laura para hacer una changuita...” (Ignacio, 15 años)

Como se advierte en la última cita, tales estrategias incluyen reemplazar –o complementar- esta actividad con otros “trabajos”, siempre temporarios, altamente informales y que requieren esfuerzo y fuerza física, a veces con riesgo para la salud de estos jóvenes: tareas de saneamiento en el barrio o en empresas, tareas de carga y descarga en industrias y servicios (mudanzas), poda y arreglo de plantas, actividades en la construcción.

Estos jóvenes han empezado a participar de tales actividades de recolección en el relleno sanitario desde pequeños (9, 10 años) y su contribución económica al hogar resulta central en las estrategias de vida de sus familias. En efecto, ellos provienen de hogares muy pobres, con una estructura matrilineal¹, en los cuales el aporte de alguno o algunos de los hijos varones complementa el de la madre. Por otra parte, este “trabajo” asumido desde tan temprana edad

¹ Este concepto ha sido desarrollado a partir del estudio de familias en el Caribe. Se trata de estructuras familiares donde la prioridad está puesta en los lazos consanguíneos: madre e hijos, hermano y hermana. En cambio, los lazos conyugales aparecen más desdibujados y menos intensos afectivamente. Así, las mujeres en tanto madres son el centro de las relaciones familiares y sociales, convirtiéndose además en la base para la continuidad y seguridad de la familia (Fonseca, 1987). En nuestro estudio, hemos encontrado que numerosas familias del Área Reconquista presentan esta estructura. Son familias que muestran una gran inestabilidad del hogar a lo largo del tiempo, con cambios periódicos en el grupo conviviente, por separaciones sucesivas. En tal sentido, la figura materna es la que aparece dando continuidad al núcleo familiar, mientras que el componente masculino de la pareja puede ir cambiando.

deriva generalmente en un abandono del sistema educativo sin terminar la escolaridad básica, lo que afecta sus posibilidades de obtención de empleos de mejor calidad a futuro.

Para un segundo grupo de jóvenes, la recolección en el relleno sanitario constituye una estrategia de obtención de ingresos disponible ante períodos de desempleo o a la que se recurre ocasionalmente, para obtener recursos “extra”. Estos jóvenes evidencian posibilidades de acceso a mejores empleos, en el sector industrial como en el sector servicios, siempre con fuerte inserción local. Esto resulta favorecido por una mayor edad y, sobre todo, una escolaridad más prolongada (han terminado la educación básica, es decir, la actual Secundaria Básica). Por otra parte, ellos no tienen un papel tan importante en las estrategias familiares de vida de sus hogares, sino sólo complementario, presentando menos responsabilidades –y más tardías- en lo que hace al aporte de ingresos al hogar.

No obstante, los empleos a los que acceden estos jóvenes resultan siempre temporarios y precarios –sólo en algunos pocos casos hemos encontrado empleos “en blanco” con cobertura de la seguridad social, en el sector industrial-, lo cual ocasiona el recurso al “cirujeo” o también la realización de distintas “changas”, a menudo en la construcción, como lo ilustra la siguiente cita.

“Y después también tuve un trabajo de así, como te dije, de albañil... Después ahora, cuando más grande, trabajé en un cyber... Después yendo a la quema... Y hasta ahora en la vida actual que por ahí trabajo con mi viejo, de pintor. O con algún vecino o conocido que me recomienda... O sea, actualmente en cosas de albañilería”. (Roberto, 25 años)

Finalmente, una tercera situación entre los varones es la de aquellos que alternan o han alternado en el pasado el cirujeo en la quema con el robo ocasional y con otros empleos precarios y temporales. Esta alternancia entre robo y empleos “legales” ya ha sido señalada por Kessler en su libro sobre el delito “amateur”. La trayectoria laboral de estos jóvenes presenta similitudes con el primer grupo (temprana iniciación en las tareas de recolección en la “quema”, acceso a sucesivos empleos muy poco calificados y mal pagos). Sin embargo, en un contexto de menor acompañamiento y mayor conflictividad familiar, ellos optan por complementar sus ingresos vía el hurto en la vía pública.

Afirmamos anteriormente que estas distintas situaciones que hemos encontrado entre los varones –y que implica la alternancia o complementación del “cirujeo” en la “quema” con otras actividades, legales o ilegales, para la obtención de ingresos- contrasta en líneas generales con las experiencias de las mujeres en torno al trabajo. Un aspecto donde este contraste se hace más evidente es en que, mientras la obtención de ingresos es naturalizada como una responsabilidad

“propia de los varones” (aunque esto se logre a través de distintos medios, como hemos discutido anteriormente), no ocurre lo mismo con las mujeres, que presentan experiencias muy variadas con respecto al trabajo extradoméstico. Por el contrario, lo que aparece como “propio de las mujeres” en todas nuestras entrevistadas es el trabajo reproductivo, el cual es asumido como una obligación. Así, invariablemente ellas se refieren a las tareas que realizan dentro del hogar²: el cuidado de sus hermanos menores, la limpieza, el lavado de ropa y, en ocasiones, la preparación de las comidas.

“Ahora la estoy ayudando a mi mamá... las cuido a mis hermanas.(...) Claro, a la mañana porque mi vieja se va.... a las 9... 10... se va a trabajar y yo las tengo que bañar, tengo que cocinar... Prepararle las cosas del colegio y... viene el micro y se las lleva... (...) Y después tengo que estar en las 5 en punto para recibirlas a ellas. (...) Y mi vieja viene a eso de la 6... 7”. (Lía, 17 años)

En lo que respecta al trabajo extradoméstico, las jóvenes presentan aún más diversidad que los varones. Un primer grupo comparte con los varones el hecho de participar de la recolección en el relleno sanitario. Ellas también, como los varones del primer grupo, provienen de hogares muy pobres, con una estructura matrilineal. En tal sentido, en ciertos períodos del ciclo familiar, su aporte económico al hogar resulta fundamental para complementar el de la madre. Dicho aporte se logra a través del “cirujeo” o bien del servicio doméstico dentro del barrio. En ambos casos se trata de actividades temporales, ligadas estrictamente a la supervivencia familiar. No son asumidas, como en el caso de los varones, como una obligación a largo plazo. Tampoco se evidencia un itinerario laboral sostenido.

“No, nosotros íbamos por la comida, nada más... La mercadería y todo eso”
(Norma, 16 años)

Este primer grupo contrasta con los demás a partir de la actividad de recolección en el relleno sanitario. En efecto, el resto de las jóvenes mujeres no participan ni han participado nunca de este tipo de tareas. Entre ellas, aparece un segundo eje de diferenciación: algunas presentan amplias trayectorias laborales, habiendo comenzado a trabajar tempranamente (alrededor de los 14 años). En estos itinerarios se suceden distintos empleos temporarios, en el comercio local (con incursiones en venta callejera y en ferias), en el servicio doméstico y en la producción doméstica para distintas actividades industriales.

² Los varones, particularmente los del grupo de los hogares más pobres, también suelen colaborar en tareas domésticas, pero éstas son de distinta índole: limpieza y arreglo del patio, mantenimiento y mejoramiento de la vivienda.

“Empecé trabajando en... con las bolsitas... haciendo las bolsas ahí... Después pasando unos elásticos... Era el tipo de trabajo, ¿viste?, que te traen la mercadería y vos la tenés que terminar para acá... (...) Después por acá trabajé por hora... Después en una verdulería... y ahora en la tarde tengo que ir a limpiar... No sé, ayer me dijeron... si no quería limpiar... A la hora de la siesta le dije yo. No será mucho pero por lo menos...” (Celeste, 16 años).

“Hacía pulseras... (...) Porque el marido de la chica trabaja en un taller y él trae para que nosotras hagamos. Pero nos pagan por cantidad... y yo no llego ni hacer diez por día... Capaz que quiero llegar hacer diez y no alcanza el material (...) Yo hice un montón de cosas. (...) Yo antes cuando era chica me iba a vender con mi padrastro. (...) Trabajé vendiendo ropa, en una verdulería... (...) También trabajé en otra feria con el patrón de mi mamá, vendiendo zapatillas. (...) [A mí me gusta vender] porque a mí no me gusta estar quieta, entonces, me busco un trabajo donde no tenga que estar quieta, yo tengo que estar en movimiento. Entonces, ahí yo estaba todo el tiempo en movimiento... Únicamente la hora que se paraba era de la una hasta las cuatro... estaba sentada... entonces, me aburría... pero después ya estaba...” (Mariela, 18 años)

En todos los casos, estas experiencias se caracterizan por su corta duración, ligada a la precariedad de los propios empleadores, todos pertenecientes al medio local, caracterizado, como hemos visto, por la pobreza y la segregación socio-espacial.

Finalmente, identificamos un último grupo de jóvenes mujeres donde el trabajo extradoméstico no tiene prácticamente peso. Ellas no trabajan fuera del hogar. Sus obligaciones, más allá de las ya referidas ligadas al trabajo reproductivo, están volcadas al ámbito educativo. Son las jóvenes que presentan las trayectorias educativas más prolongadas (algunas todavía estaban en la Secundaria Superior al momento de entrevistarlas, o bien acababan de terminarla), lo que les permite imaginar un futuro distinto, como veremos en el próximo apartado, asociado a empleos más protegidos, como el trabajo docente o profesional.

En lo que sigue, analizaremos cómo se manifiesta esta diversidad de experiencias laborales en los sentidos que estos jóvenes desarrollan en torno al trabajo.

3. Sentidos del trabajo y construcción de identidades.

Sobre el trasfondo de estas experiencias diversas, los jóvenes van construyendo distintos sentidos subjetivos sobre el trabajo, el cual adquiere distinto peso, según los casos, como espacio de construcción de identidad.

En el **primer grupo de jóvenes varones**, el trabajo aparece ocupando un lugar central en la imagen de sí, que presenta aristas muy tradicionales. Ellos, en efecto, se presentan a sí mismos como “proveedores” de sus familias, tanto de la de origen, como de la que van formando. En tal sentido, el trabajo es fundamental no por su contenido específico –que, como hemos visto, es altamente degradado y problemático- sino como fuente de obtención de los ingresos necesarios para cumplir ese papel.

“Yo siempre me imagino tener un laburo... cómo se puede decir, un laburo estable. Tener mi propia casa, vivir ahí. No me quiero ir del barrio, sino tener una casa de material. Y lo que yo también quiero es... en esa casa, que de acá a cinco años esté mi mamá conmigo... y no esté ahí. (...) Que mi mamá esté conmigo, la nena, la Rosa [su pareja] también que esté conmigo... O sea mantener... que me toque mantener a mí la familia. O sea, que mi mamá que no vaya más [a la quema] y que ahora me toca a mí mantener a mi mamá y a la Rosa... y a mi nena. Ese es el tema”. (Ezequiel, 17 años).

No obstante, esta lógica de “proveedor” no es equiparable a aquella que señala Kessler en su libro sobre el delito amateur. Allí, este autor opone dicha lógica a la del “trabajador”. Mientras esta última está centrada en “el origen del dinero”, el cual es “el fruto del trabajo honesto en una ocupación respetable y reconocida socialmente”, en la primera “la legitimidad ya no se encuentra en el origen del dinero, sino en su *utilización* para satisfacer necesidades” (2004: 41). Necesidades que son personales, pero también familiares y sociales. En tal sentido, Kessler afirma que “todo acto que proporciona recursos para satisfacer necesidades es legítimo, sin que la diferencia entre legalidad e ilegalidad de la acción sea relevante ni tampoco haya necesariamente un juicio sobre los objetivos a alcanzar” (2004: 43). No es éste, sin embargo, el horizonte de significación que encontramos en este primer grupo de jóvenes con los que hemos trabajado.

En este caso, la imagen de “proveedor” está fuertemente ligada a la imagen de “trabajador”, vinculada además a significados tales como responsabilidad, sacrificio y esfuerzo. Esto se hace evidente en la interacción con otros y otras jóvenes, que hemos podido registrar en

nuestro trabajo de observación en el barrio y en los talleres. Allí ellos se referían a menudo a sus obligaciones “de trabajo”, que les imponían límites a su participación en actividades recreativas y de ocio. Asimismo, en los relatos de vida, las narrativas ligadas a sus distintos trabajos son recurrentes y estructurantes, siempre vinculadas, por otra parte, a la responsabilidad por satisfacer necesidades familiares y lograr un mejor estilo de vida (como se advierte en las expresiones de Ezequiel). Es en tal sentido que afirmamos que el trabajo resulta para ellos una fuente de valorización personal, en torno a la cual se construye una imagen positiva de sí. Como respondía uno de estos jóvenes, al preguntarle por cuál sería un trabajo ideal para él: *“Lo único que me gusta es laburar”* (Ignacio, 15 años).

En efecto, a partir de una socialización en tareas que están en las antípodas del empleo asalariado, calificado, protegido y a tiempo completo, las particularidades del trabajo aparecen totalmente desdibujadas. No se trata, evidentemente, de identidades ligadas a un oficio, a una actividad o inclusive a una empresa, como era habitual encontrar en otras épocas en los sectores populares o como aún es posible encontrar en algunas ramas de actividad. En tal sentido, la valorización de sí a partir del trabajo no se asienta en saberes o “saber hacer” específicos. Se rescatan en cambio cualidades como la fuerza y la resistencia física, ligadas a valores de virilidad que tienen amplio reconocimiento y que permean las relaciones cotidianas entre los jóvenes del barrio.

“...porque después me empezó a gustar laburo pesado a mí. Yo a veces... también cualquier cosa me vendría bien, pero me gusta el laburo pesado a mí...” (Ezequiel, 17 años)

Ahora bien, como señala Mauger (2006) este “capital corporal” fuertemente valorizado tradicionalmente en la cultura obrera y en la definición de la identidad masculina tradicional de las clases populares, se encuentra hoy devaluado en el mercado de trabajo, frente a las transformaciones tecnológicas y las nuevas formas de gestión flexible de las empresas. En el mismo sentido, Díaz, Godoy y Stetcher señalan que “lo nuevo y particular del momento actual es que esta explotación [de la fuerza de trabajo] asume la forma de una mayor demanda de ‘la mente’ (más que ‘del cuerpo’) de los trabajadores” (2005: 46). De ahí que para estos jóvenes no sólo las condiciones objetivas (pobreza, bajo capital social, abandono temprano del sistema educativo) sino también el “habitus” conformado en el contexto de las mismas (como esquemas de percepción, valoración y acción) constituyen fuertes obstáculos a futuro, contribuyendo a la reproducción de la pobreza.

Los significados del trabajo para este primer grupo de jóvenes varones difieren notablemente de aquellos registrados en el **segundo grupo**, donde el trabajo no aparece ligado a los proyectos y actividades que resultan centrales para la identidad de los jóvenes. Tales proyectos y actividades están “en otra parte”: en los consumos musicales, en los estilos estéticos, en las búsquedas artísticas con base en distintos lenguajes expresivos. De tal manera, estos jóvenes viven una suerte de “escisión”, entre el mundo laboral, asumido de una manera meramente instrumental y “su propio mundo” –donde tienen peso generalmente las vinculaciones entre pares, aunque no únicamente-, en el cual se invierten las energías, las esperanzas y los sueños.

“Sí, o sea, siempre de chiquito me encantó la fotografía... y lo que tenga que ver con cine, también. (...) Por ejemplo, ¿viste?, ahora Dora, la fotógrafa... estoy estudiando Photoshop... O sea, no me cuesta nada. O sea, ella me da los apuntes, y ella me va explicando más o menos cómo es. O sea, como se maneja a base Windows... a mí no me cuesta nada. (...) Por ejemplo, a mí me gusta mucho lo que tiene que ver con diseño. Por ejemplo, yo sé diseñar páginas web y todo eso... y me gusta, todo lo que tenga que ver con diseño. Además ahora que están las cámaras digital y todo eso...”
(Roberto, 25 años)

Este tipo de vinculación instrumental con el empleo, que pierde su fuerza como referente identitario, ya había sido mencionado por Maristella Svampa (2000), en un trabajo sobre la desarticulación de las identidades tradicionales de los trabajadores metalúrgicos. En ese texto esta autora hablaba de la identidad “tribal” que reivindican algunos jóvenes, ligándola a determinados consumos culturales, en el contexto de la globalización de las comunicaciones y los mercados. En el caso de los jóvenes con los que hemos trabajado, sus referentes identitarios están ligados, indudablemente, a determinados consumos, en términos de música, vestimentas, salidas. Pero también hemos encontrado –como se advierte en el ejemplo de Roberto- búsquedas activas y originales de producción de “lo propio”.

Por otra parte, la escisión que mencionamos aparece claramente como un producto de la experiencia vivida en el campo laboral. En efecto, a lo largo de sus trayectorias laborales, cuyas características salientes hemos analizado en el punto anterior, estos jóvenes van descubriendo las dificultades para poder acceder a empleos que tengan que ver con sus intereses subjetivos. Si bien sus mayores niveles de escolaridad con respecto al grupo anterior y los “saberes” que poseen, ligados a tales intereses, les permiten obtener, en ocasiones, mejores empleos, estos siguen siendo precarios y, sobre todo, inestables. Es así que, para ganar dinero que les permita

solventar sus gastos y ayudar a sus familias, estos jóvenes terminan desempeñando actividades que poco tiene que ver con sus búsquedas. Roberto, por ejemplo, sostiene que el trabajo que más le gustó de todos los (numerosos) que desempeñó, es el tiempo que estuvo al frente de la atención de un “cyber”, lo cual no sólo lo puso en contacto cotidiano con el uso de las tecnologías informáticas (uno de sus intereses más importantes), sino que también le permitió reconocer y desplegar otros gustos y habilidades:

“Porque... o sea, yo por ahí parezco que soy medio tímido, así, retraído los primeros días... O sea, las primeras impresiones... pero a mí me gusta mucho estar en la atención al público... O sea, que una, que estaba en contacto con... -por ejemplo, era cyber y locutorio-... con muchas personas de diferentes edades... Y más me gusta... sí, por eso”.

Sin embargo, sólo duró ocho meses en este empleo, porque el locutorio cerró. Al momento de hacerle la entrevista estaba trabajando de albañil con su papá.

Así, prima en estos jóvenes (sobre todo los que ya pasaron la adolescencia y están en la veintena) la “adecuación” a lo que perciben son sus “posibilidades objetivas”, lo cual es vivido muchas veces con resignación y amargura.

Sólo los más jóvenes, que no han tenido estas experiencias que van recortando, progresivamente, las expectativas hacia el futuro, pueden proyectarse todavía en una identidad que conjugue intereses subjetivos y trabajo, como se ejemplifica en el caso de Esteban (15 años)

“ [Me gustaría trabajar de] Profesor... ya te dije, de música, de batería. Y por ahí tener una banda... Tener una banda y ser profesor.

Entrevistadora: Y ser profesor... Te gusta enseñarles a otros

Esteban: No. Pero... con la banda y la batería y... de algo voy a tener que trabajar”.

Finalmente, en el **último grupo de los varones**, el trabajo adquiere también un significado instrumental, pero tiene connotaciones muy importantes en el proceso de construcción de la propia identidad. Como hemos visto, se trata de jóvenes que alternan (o complementan) trabajos sumamente precarios (entre los que se incluye el “cirujeo” en el CEAMSE) con actividades delictivas como el hurto en la vía pública. Ambas se unen, como ha señalado Kessler (2004) en una lógica de “provisión”. No obstante, para los jóvenes que hemos entrevistado, hay una clara separación entre las primeras actividades y las segundas.

En tal sentido, el “trabajo” como actividad legal y socialmente reconocida (aún en sus facetas más precarias) constituye una vía necesaria para “rescatarse” y salir de los riesgos y peligros que conlleva la ilegalidad. Ahora bien, el “rescatarse” requiere una elección identitaria, una ruptura

con la experiencia de vida previa (y a veces, incluso, la socialización familiar) caracterizada por el “choreo” y el “bardo”. Esta decisión suele asentada en vinculaciones personales, en el apoyo que brinda una novia, una referente barrial, una amiga (sobresalen las figuras femeninas). Pero en las estrategias desplegadas para “rescatarse”, el trabajo tiene el primer lugar, en tanto implica la posibilidad de obtener ingresos legalmente, a fin de poder desarrollar los proyectos de realización personales que estos jóvenes ubican en primer término, generalmente ligados con la construcción de una familia.

“Trabajar es importante porque si vos vas a robar, quedás preso. Y yo pienso... los que son chorros, ¿viste?, te dicen... el gil de esto, el gil de aquello. Los giles son los que están ahí adentro. (...) Para mí es importante porque te ayuda así, en la casa, todo, las cosas que necesitás, las cosas que le tenés que comprar a tus hijos”.

(Pablo, 20 años)

Por otra parte, la precariedad e inestabilidad de las oportunidades laborales disponibles en el contexto socio-territorial que hemos estudiado, contribuye a que sea difícil para los jóvenes sostener estas decisiones de cambio de vida a lo largo del tiempo. En tanto el trabajo es un soporte en esta búsqueda identitaria, resulta evidente la fragilidad de la misma.

Pasemos ahora a considerar los significados del trabajo para las jóvenes con las que hemos trabajado. Como hemos señalado en el apartado anterior, salvo un grupo de chicas, que presentan una experiencia laboral más prolongada y variada, las jóvenes tienen un contacto mucho menor y más intermitente con el mundo laboral. Así como la obtención de ingresos es naturalizada como una responsabilidad “propia de los varones”, es la esfera del trabajo reproductivo la que aparece como “típicamente femenina”.

De este modo, en dos de los grupos mencionados anteriormente (**el primero y el último**), el campo laboral aparece muy desdibujado como esfera significativa en la vida de las jóvenes. Sin embargo (y esto no es menor, en tanto implica una ruptura con los estereotipos más tradicionales en relación a “lo femenino”), el trabajo resulta un espacio de proyección a futuro, en tanto todas se imaginan un porvenir ligado al trabajo. Más aún, las jóvenes muestran más imaginación que los varones a la hora de manifestar sus aspiraciones, imaginando un porvenir deseado que se aleja de las experiencias que las rodean: desde el “trabajo estable” en una fábrica (aspecto también mencionado por varios varones) a la posibilidad de un empleo en la docencia o como profesional, pasando por el “trabajo de oficina”.

Sin embargo, estos sueños con respecto al futuro se ven confrontados y socavados por las experiencias vividas, tanto personalmente como por parte del entorno que las rodea. La precariedad laboral que ven en sus familias (y que algunas, particularmente las del primer grupo, han experimentado por sí mismas) opera, como en el caso de los varones, para ir cerrando paulatinamente el “espacio de posibilidades” subjetivas de estas jóvenes. Es así que las proyecciones optimistas son contradichas enseguida por una apreciación “realista” de sus propias posibilidades, a la hora de imaginarse su situación unos años más tarde.

“Y a mí me gustaría trabajar de abogada, pero si no llego así... a alcanzar eso... limpiar casas y todo eso... Pero que me paguen bien, bien, porque si me pagan chiroalitas, no... Me quedo así, me quedo buscando trabajo...” (Graciela, 17 años)

Este estrechamiento del “espacio de posibilidades” se hace más permanente a medida que los caminos de concreción de las aspiraciones se cierran. Estamos hablando, fundamentalmente, de la educación. Muchas de las aspiraciones de estas jóvenes (el trabajo docente, las profesiones liberales) tienen como condición de posibilidad la necesidad de terminar la Secundaria Superior y acceder luego a un Instituto de Educación Superior o a la Universidad. Por eso, cuando los fracasos escolares se acumulan, se cierran las posibilidades. En tal sentido, **el tercer grupo** presenta mejores horizontes que el primero, donde el trabajo y las responsabilidades familiares dificultan el sostenimiento de la escolaridad.

Los significados asignados al trabajo en el **segundo grupo** de jóvenes mujeres contrastan con lo discutido hasta aquí. Como hemos mencionado, éstas jóvenes, a diferencia de las anteriores, presentan una trayectoria laboral relativamente prolongada, en la que se suceden (como en el caso del segundo grupo de varones) distintos empleos, aunque siempre precarios e inestables. En su vinculación con el espacio laboral, aparece en primer plano el carácter instrumental del trabajo: es, fundamentalmente, un modo de conseguir ingresos para mejorar las condiciones de vida de la familia (propia, o de origen). La idea de consumo aparece en primer plano, pero ya no ligada, como en el caso de los varones, a consumos culturales, sino a elementos que hacen al confort: electrodomésticos, equipamiento de la vivienda, vestimenta.

A la par de este horizonte de sentido dominante aparece en segundo plano otro significado: el trabajo resulta una posibilidad de salir del “encierro” en la vida doméstica. En tal sentido, se valora la posibilidad de variación y de construcción de relaciones en el trabajo, aspecto que no es valorado en el discurso de los varones.

Conclusiones:

Al comienzo de este trabajo nos planteábamos analizar los diversos sentidos subjetivos que adquiere el trabajo para los y las jóvenes del Área Reconquista, una zona caracterizada por la pobreza y segregación socio-territorial, indagando especialmente acerca de las diferencias de género. Nos interesaba particularmente explorar el peso diferencial que, según los casos, adquiere el trabajo como espacio de construcción de identidad.

A lo largo del trabajo, hemos examinado una serie de diferencias que muestran, como adelantábamos en la introducción, que no hay una respuesta unívoca a esta pregunta por los significados y el peso identitario asociados al espacio laboral. Intentaremos en estas conclusiones sintetizar los principales hallazgos que se desprenden de las divergencias discutidas.

Un primer aspecto que sobresale es las diferencias encontradas entre varones y mujeres, que nos hablan de la persistencia de desigualdades de género tradicionales, aunque éstas estén en proceso de transformación. Así, es entre los varones (aunque no en todos) donde el trabajo conserva una fuerte impronta identitaria. En efecto, para algunos de ellos, su presentación como “trabajadores” es la que les permite proyectar una imagen positiva de sí, en un contexto de gran precariedad en sus condiciones de vida. Para otros, el trabajo es el soporte para producir una “ruptura” con el pasado en la decisión de “rescatarse”. Para las mujeres, en cambio, en sus aristas identitarias, el trabajo aparece ligado en la mayoría de los casos a identidades “virtuales”, vale decir, a proyecciones hacia el futuro, las cuales aparecen como frágiles y permanentemente amenazadas por las frustraciones del presente. En contraste con estas resonancias identitarias del trabajo, para otros y otras jóvenes, la vinculación con el espacio laboral adquiere un carácter puramente instrumental.

En segundo lugar, en el caso de los varones, la impronta identitaria del trabajo aparece disociada del contenido del mismo. Dado el carácter fragmentario y poco calificado de las actividades que realizan estos jóvenes, el trabajo no aparece mencionado como espacio de descubrimiento, desarrollo y reconocimiento de capacidades y habilidades. Aún en los casos donde es presentado como un importante soporte identitario, esto está ligado a la posibilidad que abre para la concreción de proyectos de desarrollo personal y familiar que se juegan fuera de la esfera laboral.

Entre las mujeres, en cambio, el contenido del trabajo parece ser objeto de mayor reflexividad. En efecto, algunas de ellas introducen el aspecto vocacional, al hablar de sus gustos y capacidades como elemento para definir una proyección laboral a futuro. Sin embargo, como

vemos visto, ellas están atravesadas por una tensión entre estas aspiraciones y los miedos que genera la precariedad laboral que las rodea, la amenaza del fracaso escolar y las propias experiencias inestables y descalificadas de trabajo.

Un tercer aspecto, poco profundizado en la discusión anterior, es una naturalización extendida de la precariedad, la inestabilidad, el trabajo en negro, la sobre-explotación como aspectos inherentes a las realidades laborales. El horizonte de los derechos laborales aparece totalmente desdibujado entre estos jóvenes, que en su gran mayoría no los experimentaron nunca en su realidad laboral³. Más aún, la mayoría de los padres también tienen empleos precarios, dedicándose principalmente a distintas actividades en el rubro de la construcción, pero sin empleo fijo. Sólo unos pocos son obreros industriales.

Finalmente, de las manifestaciones de los jóvenes se desprende una pérdida del sentido colectivo del trabajo. El mismo aparece como una empresa fundamentalmente individual, orientada a satisfacer necesidades propias o del núcleo familiar más cercano. Este es un aspecto ya señalado por otras investigaciones que se preocupaban por los significados del trabajo en un contexto de flexibilización y precarización laboral (Díaz, Godoy y Stetcher, 2005; Longo, 2006). Las relaciones en el trabajo, si no son conflictivas, no aparecen como una fuente de interpelaciones identitarias relevantes. El trabajo aparece así como un espacio de individualización, donde los individuos deben desplegar sus propias estrategias de sobrevivencia. Sólo en las mujeres con una trayectoria laboral más larga, hay una valoración del aspecto relacional del trabajo, en tanto apertura del espacio privado del hogar.

³ Son pocos los jóvenes (siempre varones) que mencionan haber trabajado alguna vez en un empleo “en blanco”, con cobertura de salud y aportes jubilatorios.

Bibliografía:

BATTISTINI, Osvaldo (comp.) (2004) *El trabajo frente al espejo: continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Buenos Aires, Prometeo Libros.

DÍAZ, Ximena, GODOY, Lorena y STECHER, Antonio (2005) *Significados del trabajo, identidad y ciudadanía. La experiencia de hombres y mujeres en un mercado laboral flexible*. Santiago de Chile, Centro de Estudios de la Mujer.

DUBAR, Claude (1991) *La socialisation, construction des identités sociales et professionnelles*, Armand Colin, Paris.

DUSCHATZKY, Silvia y COREA, Cristina (2002) *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires, Paidós.

FONSECA, Claudia 1987 "Aliados e rivais na familia: o conflito entre consangüíneos e afins em uma villa portoalegrense". *Revista Brasileira de Ciências Sociais* - Nº 4, Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais.

JACINTO, Claudia; WOLF, Mariela; BESSEGA, Carla y LONGO, María Eugenia. 2005. "Jóvenes, precariedades y sentidos del trabajo", en CD del 7º Congreso de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, ASET. ISBN 987-98870-2-6.

NICOLE- DRANCCOURT, Chantal. 1994. "Mesurer l'insertion professionnelle", *Revue française de sociologie*, París, XXXV, pp37-68.

NICOLE-DRANCCOURT, Chantal. 2000. "Insertion des jeunes et question sociale", *La Revue de la CFDT*, Nº 33.

KESSLER, Gabriel (2004) *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires, Paidós.

LONGO, María Eugenia (2006) "Trayectorias laboral de jóvenes: algunas implicancias de las nuevas modalidades de socialización en el trabajo", en Ximena Díaz, Lorena Godoy, Antonio Stecher y Juan Pablo Toro (coords.). *Trabajo, Identidad y Vínculo Social. Reflexiones y*

experiencias en el capitalismo flexible. Santiago de Chile, Centro de Estudios de la Mujer – Universidad Diego Portales.

MAUGER, Gerard (2006) *Les bandes, le milieu et la bohème populaire. Études de sociologie de la déviance des jeunes des classes populaires (1975-2005)*. Paris, Éditions Belin.

SVAMPA, Maristella 2000 “Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal”, en Maristella SVAMPA (Ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Gral. Sarmiento – Editorial Biblos.

SCOTT, Joan W. 1996 “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Marta LAMAS (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México, PUEG.